

La famosa expresión hegeliana no ha perdido actualidad. Descartes, como también señalaba el filósofo alemán, es un héroe para muchos de nuestros contemporáneos: es él quien ha empezado la verdadera aventura del hombre que confía ilimitadamente en su poder racional.

Aun no compartiendo el entusiasmo hegeliano, considero que el estudio del pensamiento moderno no puede prescindir del detenido análisis de la filosofía cartesiana. Casi todos los manuales de historia de la filosofía hacen coincidir el comienzo de la edad moderna con la publicación del célebre *Discours de la méthode*. Y no es una elección arbitraria: al profundizar en las raíces de muchas cuestiones que ocupan a nuestros contemporáneos, no pocas veces se detecta el influjo de las conclusiones cartesianas.

Por esto me ha interesado la lectura de estas páginas, que presentan algunos aspectos centrales de la filosofía de Descartes. Aunque se trate de cuatro ensayos distintos, los artículos están estrechamente relacionados entre sí y ahondan paulatinamente hacia el núcleo de cada tema, hasta llegar a una visión unitaria del concepto de causalidad en la ontología y en la teodicea cartesiana.

Quien conoce la filosofía moderna, bien sabe que el enfoque cartesiano de la noción de causa constituye la clave para interpretar los posteriores desarrollos desde Spinoza hasta Hegel, y entender el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito. Como he estudiado este último aspecto a través de las obras de Luigi Pareyson, estos ensayos me han ofrecido continuas ocasiones para reflexionar y completar razonamientos ya incoados.

He leído otros escritos del prof. Fernández Aguado, al que me une una larga amistad romana. Sabía que tampoco éste me habría decepcionado. Entre los méritos del presente ensayo, me limito a mencionar tres: el profundo conocimiento de la obra cartesiana; la claridad de la exposición; el amplio uso de la bibliografía. Además hay que destacar las atentas valoraciones críticas, que, con objetiva ponderación, ayudan al lector a formarse un juicio propio ante las estructuras del sistema de Descartes.

Al terminar estas líneas, sólo me queda desear que el autor siga dando a la imprenta nuevas obras que enriquezcan el panorama filosófico actual.

FRANCESCO RUSSO

**FERNAND VAN STEENBERGHEN, *Le thomisme*. Que Sais-Je? 587. Presses Universitaires de France, Paris 1983, 128 pp.**

En este pequeño libro, Mons. Van Steenberghen resume su visión del tomismo concentrando su discurso en la filosofía de Santo Tomás de Aquino. En el capítulo primero considera los principios gnoseológicos sostenidos por el Doctor Angélico, pero apelando a un repertorio de términos más afines a los intereses del pensamiento moderno que al lenguaje propio de Tomás. Así, la clave de este capítulo es el "análisis de la conciencia" (pp. 10-12), donde se habla de las "ideas universales" asimiladas al concepto o verbo mental. En el capítulo segundo encontramos una exposición de las tesis descolantes de la metafísica

aquiniana. En este caso, el autor persiste en la costumbre de los escritores francófonos de nombrar el ente (*ens*) con el infinitivo del verbo *ser*, por lo cual la filosofía primera sería "la science de l'être en tant qu'être" (p. 17). Surge de aquí una confusión que acaba complicándose aún más cuando se procede a explicar la función del ser como acto del ente, ya que el *esse* también es mencionado mediante el recurso al vocablo *être* (p. 21). El capítulo tercero está consagrado a la filosofía de la naturaleza y es precedido de una introducción donde el autor declara que Santo Tomás se habría subordinado a los esquemas de una física perimida que, entre otras cosas, no contemplaría la distinción entre el conocimiento filosófico y las ciencias positivas. Este juicio, sin embargo, no tiene fundamento en la obra del Doctor Común. El neotomismo (DeKoninck, Casaubón, Simard) ha puesto suficientemente en claro que Santo Tomás determinó con precisión la distinción que Van Steenberghe niega a reconocer en su doctrina. No es admisible, por tanto, la opinión que imputa al santo maestro la elaboración de una filosofía natural calificada por el autor como un "saber híbrido" (pp. 51-52). Este enigmático aserto reduce la física tomista a una rareza arqueológica de ningún valor perenne. Los dos capítulos siguientes reseñan la antropología y la ética de Santo Tomás con trazos sumarios y prestando atención a los aspectos descollantes de las sentencias del Aquinatense en tales materias.

El último capítulo del libro nos brinda la apreciación personal de Van Steenberghe acerca del significado histórico-teorético del tomismo. El pensamiento reflejado en esa sección nos muestra al autor suscribiendo la peculiar interpretación de esta filosofía popularizada por la escuela de Lovaina y que él mismo ha desarrollado a lo largo de su veterana docencia y en su propia literatura. Por lo concerniente a la vigencia actual del tomismo, se nos dice que hay un *tomismo progresista*, cultivado sobre todo en Lovaina, París y Milán, y un *tomismo ultraconservador o de estricta observancia*, que Van Steenberghe denomina *pateotomismo*, cuyas sedes serían las universidades romanas, y al cual el Concilio Vaticano II habría dado un golpe de gracia, no obstante su *supervivencia agresiva* en ciertos medios intelectuales. El autor reclama una modernización del tomismo que deje atrás el *ghetto tomista* de los neoescolásticos firmemente apegados a la letra de Santo Tomás. Pero este reclamo de un *aggiornamento* tomista no indica en ningún momento qué debiera ser dejado atrás y qué habría de incorporarse al cuerpo de doctrinas tomistas. En tal sentido, nos parece que esta solicitud repara más en el anhelo de hallar una simpatía del hombre contemporáneo hacia Santo Tomás que en la necesidad de conocer la verdad con sujeción a las exigencias de la razón filosofante.

MARIO ENRIQUE SACCHI